

La palabra «nada» en referencia a toda una vida vivida en la enfermedad no significa que un largo sufrimiento soportado no sea nada, porque todos sabemos lo que es el malestar en el cuerpo y en el espíritu debido incluso a un simple dolor de cabeza de dos horas.

Una vida entera vivida en la enfermedad, con todas las dificultades que ello supone, como tiempo pasado que se olvidará, solo puede definirse como «nada» si lo comparamos con la eternidad que tenemos ante nosotros. De hecho, si hacemos un cálculo para entender cómo afecta este tiempo vivido en la enfermedad al tiempo infinito de la eternidad, obtenemos el resultado 0,00000000... que tiende al infinito, como si este tiempo de enfermedad y dolencia nunca hubiera existido.

Si es cierto que nuestra vida va a continuar eternamente, el sufrimiento experimentado en la vida terrenal se olvidará tarde o temprano y pasaremos a un estado de vida en paz y bienestar sin fin, una buena razón para experimentar el sufrimiento de forma diferente.

Un fragmento de la Santa Palabra de Dios que lo confirma es la siguiente:

(Quien sea bendecido en el país, será bendecido por el Dios del Amén, y quien jure en el país, jurará por el Dios del Amén, porque se olvidarán las angustias del pasado y quedarán ocultas a mis ojos. Mirad: voy a crear un nuevo cielo y una nueva tierra: de las cosas pasadas ni habrá recuerdo ni vendrá pensamiento. Regocijaos, alegraos por siempre por lo que voy a crear: yo creo a Jerusalén «alegría», y a su pueblo, «júbilo». Me alegraré por Jerusalén y me regocijaré con mi pueblo, ya no se oirá en ella ni llanto ni gemido) Isaías 65,16

Sobre el hecho de que el tiempo vivido en esta vida terrenal se puede considerar muy corto o incluso «nada», también podemos reflexionar sobre las siguientes palabras del profeta Isaías:

(Se agosta la hierba, se marchita la flor, cuando el aliento del Señor sopla sobre ellos; sí, la hierba es el pueblo; se agosta la hierba, se marchita la flor, pero la palabra de nuestro Dios permanece para siempre). Isaías 40,7

Quienes viven una situación de malestar debido a alguna enfermedad, lo mejor que pueden hacer es acercarse lo más posible a Dios, a través de su Palabra de verdad, mediante la cual es posible esperar una posible curación, como ha sucedido en numerosas ocasiones en la historia a quienes han puesto su confianza en el Señor, el único que puede darnos la salvación del cuerpo y del alma, entendida como curación de la enfermedad, resurrección de la muerte y vida eterna en paz y bienaventuranza en un gran Reino que nunca podrá ser destruido.

Dios, a través de su Hijo Jesucristo, nos ha mostrado muchas veces que podemos confiar en Él en tiempos de necesidad. Y puesto que la Palabra de Dios está siempre viva y es eficaz, debemos poner toda nuestra confianza en las palabras del Evangelio, como centro del cristianismo en el que se fundamenta nuestra fe. Las tres citas evangélicas siguientes nos hacen reflexionar sobre el poder de Jesús para obrar curaciones del cuerpo y del espíritu, independientemente de la gravedad de la enfermedad y de su origen:

(1)

(Jesús recorría toda Galilea enseñando en sus sinagogas, proclamando el Evangelio del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Su fama se extendió por toda Siria y le traían todos los enfermos aquejados de toda clase de enfermedades y dolores, endemoniados, lunáticos y parálíticos. Y él los curó). Mateo 4,23

(2)

(Curó a muchos enfermos de diversos males y expulsó muchos demonios; y como los demonios lo conocían, no les permitía hablar). Marcos 1,34

(3)

(Al ponerse el sol, todos cuantos tenían enfermos con diversas dolencias se los llevaban, y él, imponiendo las manos sobre cada uno, los iba curando. De muchos de ellos salían también demonios, que gritaban y decían: «Tú eres el Hijo de Dios». Los increpaba y no les dejaba hablar, porque sabían que él era el Mesías) Lucas 4,40

Aunque atraveses una larga enfermedad, nunca debes perder la esperanza en una posible curación. El Señor puede obrarla perfectamente cuando sientas que estás entre la espada y la pared, sin ni siquiera tener fuerzas para seguir esperando. Así lo confirma la curación del cuerpo enfermo de un hombre que ya no tiene posibilidad de esperanza, es decir, un muerto, gracias a la resurrección. Si creemos en la resurrección de los muertos, con más razón debemos creer en la curación de las enfermedades. Aunque no ocurra así, es siempre por voluntad de Dios, que puede considerar la curación de una enfermedad en el cuerpo material como lo menos importante que se le puede pedir. De hecho en el Padrenuestro que nos enseñó Jesús, «la liberación del mal» se pide en último lugar, dando prioridad a las cosas más importantes. Para quienes no estén familiarizados con ellas, las palabras del Padrenuestro son las siguientes:

(Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, danos hoy nuestro pan de cada día, perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden, no nos dejes caer en la tentación, **y líbranos del mal**). Mateo 6,9

La liberación del mal se puede considerar lo menos importante que pedir, porque el diablo, como mal presente en el mundo, será expulsado por Dios de nuestra presencia al final de los tiempos tras haber sido liberado desde el principio para actuar con maldad hacia nosotros debido a nuestra desobediencia. La presencia de Satanás en el mundo puede verse como la presencia de la enfermedad en nuestros cuerpos y si Dios nos libra del diablo, también nos libraré de la enfermedad. La liberación del mal, entendida como la curación de la enfermedad, que Jesús pide en último lugar, también se puede ver como una recompensa por santificar el nombre del Señor, por practicar la paz querida por Dios en su Reino y su justicia al guardar los mandamientos y vivir en el amor de Dios. Por lo demás, hay que hacer todo lo posible para servir al Señor como Él quiere y esperar una posible curación, independientemente de que se pida en una oración o no. El Señor, al evaluar la servidumbre hacia él, podría decidir espontáneamente obrar uno de sus prodigios en favor de los enfermos. Las siguientes palabras de Dios a través de Moisés nos hacen entender que la salud de nuestro cuerpo depende también, o sobre todo, de nuestra servidumbre a Dios, y de que hagamos lo que Él nos ha mandado: («Daréis culto al Señor vuestro Dios». y él bendecirá tu pan y tu agua. Y yo alejaré de ti las enfermedades. No habrá en tu tierra mujer que aborte ni que sea estéril. Colmaré el número de tus días). Éxodo 23,20

En esta cita, con la palabra «pan» nos referimos a lo que comemos y con la palabra «agua» a lo que bebemos. Así vemos que, al no servir al Señor, lo que Él ha creado y puesto a nuestra disposición para nuestro alimento no puede darnos el beneficio en el cuerpo que debería darnos. Más bien tendría el efecto contrario y, para los enfermos, es contraproducente y no propicio a la curación.

El Mensajero de Dios